

Marianne Apostolides
NADAR

TRADUCCIÓN DE SILVIA MORENO PARRADO

EDITORIAL PERIFÉRICA

*A mi madre,
Frances Apostolides*

PRELUDIO

Aquiles se quita la camisa. Melina, ruborizada, evita cruzar la mirada con él. Se aleja hacia una tumbona encajonada junto a un recodo del arroyo; la toalla se le escurre al pisar las lamas de plástico. Coge su libro. Cerca, en la parte menos profunda de la piscina natural, las manos de Kat flotan, se acarician los muslos justo cuando Aquiles lanza la camisa a la silla del socorrista. De camino a la cascada, una mariposa pasa inadvertidamente rozándole el hombro. Kat oye el estrépito del agua, se sumerge en su fragor y luego, con la misma rapidez, pierde la sintonía con todo aquello y se dice que debería empezar. Suelta el aire al tiempo que piensa las palabras, inconsciente de que ha estado conteniendo la respiración.

Venga, tengo que empezar ya.

Agachado a la orilla de la piscina, enfrente de Kat, Aquiles recoge un poco de agua con la palma de la mano. Se vierte el líquido por el pelo, por el

cuello, y aprovecha para masajearse palpándose los músculos, tensos. Huele el aroma familiar que despide el agua en contacto con su piel; inspira más hondo y Melina se frota los labios. Está leyendo un libro de poemas mientras le escribe una carta a su padre. Empieza describiendo la estatua de una diosa que ha visto en el museo de Atenas. Nunca llegará a poner esos pensamientos por escrito; se quedarán ahí, perfectos, sin salir de su cabeza.

Echa de menos a su padre.

Kat se vuelve hacia unas montañas que se elevan más escarpadas de lo que había imaginado cuando pensaba en este lugar, algo que no hacía muy a menudo. Su padre hablaba muy poco de su infancia. De hecho, a Kat no le contó casi nada de su pasado: era mucho más habitual que hicieran cosas juntos, advierte ahora, ajustando la posición, recomponiéndose para prepararse, mientras él, el hombre, la imita levantándose y tomando impulso. Él es, piensa Kat, un flujo turgente, un vaivén, sumergido en esta piscina en la que, como ella, brucea. El cuerpo de Kat, acuciado por la súbita necesidad de nadar.

Y nada.

LARGOS I A I 3

Nada como le enseñaron – braceas tres veces, respiras una – tres brazadas con la cabeza dentro del agua e inspira a la cuarta. Nada. Siente pasar el líquido a lo largo de todo su cuerpo – su torso, suave, expuesto a las entrañas de la piscina. Respira con los labios abiertos. Esta agua, piensa, tiene una espesura inusual – se resiste a su cuerpo, que nada esforzándose, actuando sobre el líquido que la sostiene – sujetándola – al tiempo que la frena. Nada – se mueve – y el agua responde formando riendas / cuerdas en torno a su pecho. No había percibido su sustancia / dinámica hasta ahora – mientras nada – empeñada en este necesario desafío.

Reflexiona sobre la causa.

Respira a la cuarta, con los labios abiertos – su movimiento en un medio que le opone resistencia – sus brazadas en esta piscina, el lugar donde nació él. Nada en el líquido, viscoso, bracea

en pos de una constatación – en un medio extraño – percibe, ahora sabe: las aguas que alimentan esta piscina son «curativas».

Éste es el motivo – un sistema de arroyos que manan en hilillos / a borbotones bajo tierra – dentro de las montañas – lamiendo el corazón mineral de la tierra. La roca desprende su sustancia, la disuelve en el agua, que la absorbe, muta su interior mientras – separadas – se deslizan una sobre otra, se mueven, intercambian sus elementos. Él nunca dijo que fueran curativas, piensa. Kat lo leyó en un libro; lo nota en la piel; lo ve con sus propios ojos, abiertos, que no le pican.

Kat nada.

Ahora sabe – su conocimiento entregado a lo físico / la consciencia, adquiridos con el movimiento – ya lo sabe: esta inmersión nunca la curará. Menos aún después de todo lo que ha hecho / deshecho los dos últimos años. Tendría que tragarse toda la puñetera piscina.

Nada – lo deja atrás / a él, cuyo cuerpo desplaza el agua mediante la fuerza – sus brazadas – contra ella, que nada como desafío / empeño – se ha ido.

Perdone..., susurró ella. En aquel momento, estaba sentada en el suelo de baldosas azules – aquel pasillo al fondo de la biblioteca – subterráneo, entre las estanterías.

Perdone, estoy en medio... Es que...

Con el lápiz entre los labios, las piernas cruzadas, los libros esparcidos alrededor – leyendo algo teórico, expansivo / en expansión – es que estoy...

Barthes se entregó a la escritura interpretativa igual que otros se entregan a la música, con la sensación de estar yendo contra natura, contra el lenguaje natural, que para él era falso u ocultaba lo engañoso de lo no dicho. Con ello hizo más suyas las leyes (ultralingüísticas o infralingüísticas), unas leyes que consideraba indispensables para la condición humana, unas normas lingüísticas que transmitían no solamente las leyes del significado, sino también el cuerpo que subyace en el significado.

Kat fue consciente de que se estaba fundiendo con las palabras – consciente gracias a él, que, al moverse, la sacó de su ensimismamiento.

No pasa nada, dijo él. Estoy justo donde quería estar...

«que transmitían no solamente»

..., pero tú tendrías que estar dos pasillos más allá.

Ella alzó la mirada, brusca.

El trabajo es para la semana que viene.

Kat sonrió al ver que él daba por sentado – que suponía (ya) su derecho a mandar |1|. Hola, profesor, dijo.